

Los escándalos de la razón

El libro recibió una mención honorífica en el género ensayo otorgada por el Fondo Nacional de las Artes (2002)*. El género es superado, en este caso, por la rigurosa indagación que Cristina Bulacio ha llevado a cabo con un enfoque singular: el filosófico. El prólogo de María Rosa Lojo sintetiza bien la propuesta de este enfoque: a los escándalos de la razón se los enfrenta con la figura provocativa de la paradoja.

En la introducción, Cristina Bulacio nos pone en contacto con las nociones claves de la obra de Borges, aquellas que la incitaron al enfoque filosófico. En primer lugar deslinda dos linajes en tensión: el mitológico –cuchilleros, épica, barbarie–, quizás materno y el especulativo, quizás paterno, poblado de bibliotecas. Deliberadamente elige el segundo con el fin de «abocarse a lo estrictamente filosófico». La noción clave que guía la investigación es la de límites, la conciencia, en fin, que tiene Borges de los límites, empezando por los del lenguaje, y que desemboca en problemática metafísica, dudas, incertidumbres que lo empujan a la ficción.

Las verdades últimas, los sistemas cerrados devienen así «aporías»,

encrucijadas que el pensamiento desmonta. En el tramado de las relaciones finito/infinito, tiempo/eternidad, realidad/ficción se cuelan lo misterioso e incomprensible, lo que Borges llama «escándalos de la razón», del griego *skándalon*: obstáculo, problema.

En sincronizado paralelismo, Bulacio ha estructurado esta investigación en cinco partes que nos devuelven, a modo de espejo, las operaciones borgeanas. La primera parte: *Ideas filosóficas*, precedida por una cita de Schopenhauer acerca del pensamiento único, nos aproxima a la postura de Borges: la de un explorador del pensamiento único alrededor del cual giran sus reflexiones: el tiempo, la eternidad, los límites de la condición humana, los del lenguaje.

La lectura filosófica de la obra de Borges confirma la resistencia a cualquier sistema de ideas y este es el pivote sobre el que Bulacio aborda la problemática borgeana. La escritura de Borges se nos presenta de este modo con una doble lógica: la de superficie y la de profundidad. La experiencia estética y la reflexión se unen. Para Bulacio, el estilo y la lengua están signados por una búsqueda que es la filosofía misma. El resultado es una literatura desestabilizante que teoriza poetizando. Y en esta dirección, la autora señala la crítica que, en una operación paradójica, realiza Borges a la metafísica dogmática. La seducción que

* Los Escándalos de la razón en Jorge Luis Borges, *Cristina Bulacio*, Buenos Aires, Editorial Victoria Ocampo, 2003, 258 pp.

ejercen las hipótesis idealistas de Schopenhauer, Berkeley, Hume o el pensamiento de los grandes filósofos: Platón, Aristóteles, Descartes, se vuelve duda, desmontaje. Borges re-piensa, ficcionaliza aún más la intriga del pensamiento sistemático desviándose de las certidumbres de la razón y enfrentando las aporías desde afuera del pensamiento logocéntrico, como un hombre de letras. Y es aquí donde la poesía se pone en juego ya que sus enunciados no tienen pretensión de verdad.

Bulacio abre aún más las puertas de las bibliotecas paterna y literaria. El marco teórico de la problemática borgeana abarca desde Nietzsche hasta Heidegger llegando a Gadamer, Rorty y otros. En el juego de paralelismos universales que adopta Bulacio a cada referente filosófico le corresponde una ficción. Los lectores vamos entonces descubriendo las reflexiones que la estética y la ficción camuflan, el cruce de tensiones entre real/irreal y verosímil/inverosímil en el tramado de un pensamiento único.

En la segunda parte: *Lengua, lenguaje, mundo*, la autora aborda el quid de la cuestión en Borges ya que el lenguaje es un problema filosófico en sí mismo. La lengua atraviesa las obras de juventud de Borges y también las de vejez, nos conduce a la noción clave de su pensamiento: la noción de límites. Poner nombres es delimitar el mundo. La distancia entre el decir,

lo que se dice y la realidad es una evidencia. Filosóficamente hablando es imposible saber si lo que nuestras palabras nos devuelven es en realidad el universo. Por eso Borges busca alcanzar lo Otro, el enigma, a través de la poesía que es palabra y palabra ontológica, fuera del centro falso/verdadero, lo que le permite alcanzar una experiencia única.

Pero el lenguaje es libertad aparente. La sintaxis restringe el pensamiento. El lenguaje construye un mundo pero éste es ficticio e ilusorio. Y, en esta línea, Borges se aproxima otra vez a Nietzsche. El lenguaje no puede apresar la realidad. La dificultad de relación entre la palabra con la cosa y el lenguaje con el mundo reproduce el tema que Platón abordó en el *Cratilo*. La teoría de la identidad entre el nombre y la cosa expuesta por Cratilo es rebatida por la de la palabra por convención, expuesta por Hermógenes. La cuestión que Sócrates resuelve con una teoría fuerte: debemos ir de la cosa al nombre, Borges la enfrenta con una tesis paradójica: si la palabra no da cuenta de la realidad puede jugarse con ella (la realidad) imaginativamente. Luego la palabra nos abre nuevos senderos, nos envía al poder mágico de la palabra original, cuyo nombre secreto nos daría la cosa en sí, y nos envía también al poder sagrado de la palabra de plenitud, que lo lleva a Borges a indagar en La Cábala, la Biblia, el

Corán. El nombre oculto de Dios, la cifra, tan presentes en su poesía, nos hablan de una perpetua aspiración del hombre y de los poetas que Borges tampoco abandona: la del nombre secreto. Y son poéticos los ejemplos que en esta dirección examina Bulacio.

En la búsqueda de esa palabra única se produce el desplazamiento de lo lingüístico a lo metafísico. La temporalidad sucesiva e insuficiente del lenguaje para expresar lo eterno e intemporal le generan a Borges la angustia de no poder decir el mundo real. Como contrapartida, Borges realiza un gesto lúdico. Esa dimensión, como señala Bulacio, ha hecho posible que afrontara los asuntos de importancia filosófica con el suspenso de la intriga o con el humor de la ironía. Lo filosófico emerge así de lo estético como paradoja, contradicción, perplejidad.

A partir de las nociones de ilusión en Nietzsche y de juego en Borges, Bulacio vuelve a esta relación por partida doble. Las nociones lúdicas operan en cada uno una gnoseología que tamiza todo conocimiento. Tanto para Nietzsche como para Borges se trata de acontecimientos estéticos. Y en este punto los lectores recordamos *El nacimiento de la tragedia*, por un lado y el epílogo a *Otras Inquisiciones* donde Borges nos aclara que ha descubierto una tendencia personal: la de «estimar las ideas religiosas o filosóficas por su valor estético», lo

que Champeau, citado por Bulacio, muestra como «las débiles fronteras entre filosofía y literatura».

La relación de Borges con el lenguaje se anticipa a la del giro lingüístico enunciado por Gadamer y por Rorty para quienes la metáfora ocupa un lugar sustancial en las ciencias humanas y hasta en las ciencias duras. La metáfora, ese decir de otro decir, también lo ocupa en la obra de Borges. La metáfora bella, en suma, la poesía, será el lenguaje para describir este mundo azaroso. El tema del lenguaje en Borges se inscribe, para Bulacio, en hipótesis de corte filosófico cuyas perplejidades lo llevan subversivamente a tomar partido por la ficción.

En la tercera parte: *Escándalos de la razón: metafísica y teología*, Bulacio profundiza las otras vías experimentadas por Borges. Con ese fin la autora delimita los escándalos intrínsecos a la razón misma: la realidad se resiste a ser apresada en las redes conceptuales; los extrínsecos: la razón se ve previamente delimitada por la fe y, ya en territorio borgeano, los escándalos en las ficciones, donde Borges, con libertad y desprejuicio, amalgama ambos para recordarnos los límites de la razón.

Fiel a su método, Bulacio recurre al testimonio de filósofos y científicos para volver a mostrarnos cómo Borges se apropia de Kant, Pascal, Descartes y los vuelve ficciones intranquilizantes, ambiguas. Metafísica y juego conviven estéti-

camente. Así una ficción: *La otra muerte*, le permite a Bulacio dar fe de la ruptura tempo-espacial en el orden metafísico. En cuanto a la relación del hombre con la divinidad, Borges nos des-centra de los atributos de Omnisciencia, Omnipotencia, Bondad. Sospecha, como un religioso sin fe, que más allá de nuestra idea de Dios se oculta el Dios real. La omnipotencia divina es asunto espinoso para la teología; Borges no hace más que acrecentar las dudas, desconfiar de las verdades reveladas y hacer hincapié, no obstante, en la presencia del juego y el misterio del poder divino. *La otra muerte* y *El milagro secreto*, rastreados exhaustivamente por Bulacio, traen a colación los límites de los sistemas metafísicos y teológicos con paradojas poéticas sobre el tiempo y la eternidad. También los sueños le permiten a Borges conjeturar sobre asuntos inexplicables a la razón.

En la cuarta parte: *Otros escándalos de la razón. La ciencia*, Bulacio nos incita a descubrir uno de los componentes del universo de Borges, el de la ciencia, que nuestro escritor experimentó como un hecho estético, con la libertad de la que carecen los científicos. De allí que aparezca citado, a veces «científicamente» y otras, como corresponde: en amalgama con sus intuiciones, como lo demuestra Prigogine, quien para confirmar su tesis sobre la temporalidad de la existencia recurre al

And yet, and yet de *Nueva refutación del tiempo*. Por su parte, a Borges siempre lo fascinó la abstracta belleza de la ciencia. Las matemáticas, la cosmología, la física dan cuenta, en el universo de Borges, de otro tramado: el ficcional, que se anticipa tanto a la tesis de Hug Everett (1957): *La interpretación de los muchos mundos* como *Al fin de las certidumbres*, planteado por Prigogine. Los conceptos de infinito e identidad son claves en su obra, donde cualquiera de sus puntos y metáforas: *la biblioteca, el Aleph*, nos conducen a la metafísica, a la literatura, a la ciencia. El tema de la identidad está unido al idealismo de Berkeley, sostiene Bulacio, pero también al mito, a los sueños, al doble. Si el mundo es ilusorio nada mejor que buscar irrealidades que lo confirmen en los argumentos aparentemente lógicos de la razón.

Por fin, siguiendo el hilo de Bulacio, entramos, en la quinta parte, en los laberintos, es decir en el meollo de la obra de Borges, que es nuestro meollo. La autora deslinda tres niveles en los laberintos borgeanos: símbolo, pensamiento, realidad. El primero nos envía al mitema clásico. Metáfora antigua del hombre, el laberinto de Creta cautivó a Borges desde niño. Este símbolo, elegido e impuesto, es para Borges «el símbolo inevitable de la perplejidad», esa experiencia única que lo acompaña hasta los atolladeros de la razón, en los que todos nos perde-